



Gracia total o Gracia condicional: ¿dónde está la coherencia lógica?
por Carlos E. Camacho R.

Una creencia es verdaderamente coherente cuando quien la sostiene comprende su significado y, en consecuencia, acepta y vive sus implicaciones lógicas. Por ejemplo, si afirmo que amo a mi esposa conforme a las Escrituras, pero soy impaciente con ella, me enojo fácilmente por sus errores o le grito al corregirla, mi conducta contradice mi declaración de amor. En tal caso, estaría sosteniendo una creencia superficial o incoherente.

En teología, la afirmación más central del cristianismo es esta: «Jesucristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras» (1 Cor 15:3-4).

Casi todos los cristianos profesan esta verdad, pero no todos la sostienen de manera coherente. No basta con repetir la frase; es imprescindible evaluar si las implicaciones que derivamos de ella armonizan con su significado profundo.

¿Cómo construir una creencia sólida y coherente? Comprendiendo el significado de la afirmación. Debemos hacernos preguntas serias:



- ¿Qué significa exactamente que Cristo «murió por nuestros pecados»?
- ¿Por qué tuvo que dejar su gloria, hacerse hombre y morir?
- ¿Murió solo por los pecados pasados (previos a la conversión) o también por los presentes y futuros?
- ¿Murió por todos los pecados de nuestra existencia o solo por algunos?

Las respuestas nos llevan al núcleo del evangelio. Entre ellas destacan:

El pecado es el mayor problema del ser humano.
Morir en pecado acarrea una pérdida eterna irreparable.
El hombre es completamente incapaz de resolver por sí mismo el problema del pecado.
Cristo «llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero» (1 Pe 2:24).

Estas verdades nos ayudan a captar el alcance real de la expresión "Jesucristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras". Reflexionemos sobre las implicaciones lógicas inevitables. Si Cristo realmente murió por nuestros pecados —es decir, por todos ellos—, entonces la siguiente implicación es clara y necesaria:

El pecado no puede ser causa de separación definitiva de Dios ni de pérdida de la salvación para el creyente.

Sin embargo, muchos sostienen una implicación opuesta: «Aunque Cristo murió por nuestros pecados, el pecado (especialmente los cometidos después de la conversión) sí puede hacernos perder la salvación».

Esta segunda afirmación es lógicamente contradictoria con la tesis central. Equivale a decir: «Jesucristo murió por nuestros pecados...pero no por todos, ya que algunos pecados el creyente debe resolverlos por sí mismo para no perder la salvación».

Tal postura introduce al ser humano como co-salvador de sus propios pecados, atribuyéndole una capacidad que la Escritura niega. Además, destruye la base de la paz con Dios, el gozo y la esperanza segura, porque pone la salvación final en manos de la suficiencia humana en vez de en la obra perfecta y completa de Cristo.



Concluyendo, para ser coherentes con la verdad más importante del Nuevo Testamento —«Cristo murió por nuestros pecados»—, debemos abrazar sin reservas sus implicaciones lógicas. Entre ellas, la más clara y liberadora es esta:

El pecado no es causa de que el verdadero creyente pierda la salvación.

Cualquier sistema teológico que añada al creyente la responsabilidad última de mantener su salvación mediante su propia gestión del pecado termina, aunque sea sin intención, disminuyendo la suficiencia absoluta de la cruz y convirtiendo la gracia en algo parcial y condicional.

¿Gracia total o gracia condicional? La lógica bíblica y la coherencia interna del evangelio apuntan en una sola dirección.